

Patrón de asentamiento prehispánico en la región Totorame (el norte de Nayarit y el sur de Sinaloa)

El artículo trata sobre las características de los asentamientos arqueológicos en el norte de Nayarit y sur de Sinaloa, región habitada por el grupo totorame a la llegada de los españoles. A partir de una definición de región que toma en cuenta los criterios geográfico, económico, político y cultural en un proceso de larga duración, se hace un breve análisis de lo que es el patrón de asentamiento, se presenta de forma sucinta los elementos que forman los distintos sitios arqueológicos, tanto en su interior —materiales, arquitectura y distribución—, como en su ubicación con respecto al paisaje. A partir de aquí, se infiere las actividades económicas dominantes en las diferentes etapas de ocupación, así como la organización social, política y religiosa. El autor no sólo se basa en los resultados obtenidos en sus propias investigaciones en los últimos cinco años, sino que integra los de quienes lo antecedieron en el estudio de esta región, probable cuna de la cerámica Aztatlán, que ha mantenido una identidad cultural común a lo largo de su historia.

Considerar al norte de Nayarit y el sur de Sinaloa como unidad no es una idea nueva. Ya Carl Sauer y Donald Brand en su investigación pionera de 1930 concluyeron que entre el río Santiago, en Nayarit, y las cercanías de Mazatlán, Sinaloa había elementos comunes que a la vez los diferenciaba del resto del estado de Nayarit y del de Sinaloa. Una de estas particularidades es la cerámica que ellos bautizaron como Aztatlán, y que posteriormente utilizaron para denominar a esta zona como “subregión Aztatlán” (Sauer y Brand, 1998).

Por su parte, Isabel Kelly, con base también en la cerámica, acepta los límites propuestos por Sauer y Brand, aunque ella le llama “Provincia Aztatlán”. Sin embargo, señala: “En términos generales la llanura de Sinaloa y Nayarit, con excepción de la zona de Tacuichamona, pueden agruparse en una división mayor, una gran provincia Aztatlán. Con el tiempo, la costa de Jalisco podría agregarse a este grupo” (Kelly, 1948:69). Es decir, abarcaría desde Guasave, en el centro-norte de Sinaloa, hasta el río Santiago, en el centro de Nayarit.

Es esta última sugerencia de Kelly la que ha sido aceptada por la mayoría —si no es que por unanimidad— de los posteriores estudiosos, haciendo parte integral del Occidente de Mesoamérica a la planicie costera de Nayarit y Sinaloa (Publ, 1986; Mountjoy, 1990; Williams, 1996; por mencionar sólo algunos).

No obstante, esto se ha establecido con base en un solo elemento que, por añadidura, está poco clarificado: la cerámica Aztatlán y, en el mejor de los casos, estaría limitado a un corto lapso de tiempo. En cambio, yo propongo la siguiente definición de región:

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH. pema68@prodigy.net.mx

Aquel espacio en el cual, a lo largo de la ocupación humana, sus habitantes actúan más entre sí que con los de otras regiones, lo que se manifiesta en ciertos elementos que les son propios y que a la vez los diferencian de aquellos. Estos elementos son: la forma de realizar las actividades productivas, la manifestación de la organización social, pero sobre todo la permanencia a largo plazo de algunos atributos culturales. Así pues, tenemos que buscar hasta dónde llegan las semejanzas a lo largo del tiempo, pero también las diferencias que los separan de sus vecinos, para llegar a establecer los límites de una región (Grave, 2003:31).

En este sentido y tomando en cuenta los cuatro criterios que se han usado en la delimitación de una región: el geográfico, el económico, el político y el cultural, se establecieron como sus límites el río Santiago, al sur, y el río Piaxtla al norte (*op. cit.*).

¿Por qué Totorame y no Aztatlán?

Desde que Sauer y Brand, basados en un mapa de 1570 atribuido a Ortelius, bautizaron a este espacio como Aztatlán, todos los investigadores lo hemos aceptado. Sin embargo, en la mayoría de los documentos de los siglos XVI y XVII el nombre de Aztatlán se reserva para una unidad política con un territorio mucho más restringido: la llanura costera entre los ríos San Pedro y de las Cañas, con la cabecera en la vega del río Acaponeta, es, decir, el punto más noroeste del estado de Nayarit.

En cambio, estas mismas fuentes nos señalan que la llanura costera —comprendida entre el río Santiago, en el centro de Nayarit y hasta el río Piaxtla, en el sur de Sinaloa—, estaba habitada por grupos con una serie de elementos en común y que a la vez los diferenciaban de sus vecinos, tanto los que habitaban el resto de la llanura costera, como los que ocupaban los escarpados riscos de la Sierra Madre Occidental.

La mayor parte de quienes escribieron sobre esta zona en los siglos XVI y XVII denominó a sus habitantes como totorames. Por ejemplo, dijo fray Antonio Arias y Saavedra en el siglo XVII: “La nación Totorame vive a las orillas del mar y

algunos en isletas..., éstos son pescadores y salineros” (1990:303).

La característica principal de esta región es lo estrecho de la llanura que queda entre la sierra y el mar, buena parte de la cual está cubierta por las marismas, extensas áreas cenagosas de agua salobre resultado de la mezcla del agua dulce que baja de la serranía con el agua salada del mar que sube por efecto de las mareas (fig. 1).

Metodología sobre el patrón de asentamiento

Para acercarnos con seguridad al conocimiento de los sitios arqueológicos es necesario comenzar por establecer el patrón de asentamiento, esto es, la forma en que los distintos componentes de un sitio se integran entre sí y la manera en que el conjunto se relaciona con el medio ambiente circundante, así como con su entorno social, es decir, con los otros asentamientos.

Los estudios del patrón de asentamiento se deben abordar desde los tres niveles: el de estructura, el de sitio y el regional. Los tres están interrelacionados y, de hecho, para poder explicar uno es necesario conocer los otros dos. Por tanto, si lo que se pretende es entender a la sociedad que creó los asentamientos debemos enfocar la investigación de manera conjunta, aunque para su análisis se recurra a la separación.

En el primer nivel se establecen las características formales de las estructuras arquitectónicas: su forma, su sistema constructivo, su permanencia a lo largo del tiempo, la relación entre los materiales y los elementos. Ello nos permite inferir qué actividades se llevaban a cabo en ellas y cuál fue la función general de las mismas. Esto no sólo en los edificios de carácter religioso y/o administrativo, sino también en las estructuras habitacionales, desde aquellas consideradas como de la elite hasta las de los modestos campesinos de los pequeños caseríos aislados.

Si bien es importante por sí solo, el estudio de una estructura arquitectónica individual debe



● Fig. 1 Mapa de la región en el que se observa la uniformidad geográfica entre el río Piastla y el río Santiago, destacando el área pantanosa.

llevarse a cabo desde la perspectiva de su relación con el resto de los edificios y áreas abiertas del asentamiento arqueológico. Así llegamos al nivel de sitio. En éste se pretende conocer la relación de todos y cada uno de los componentes del asentamiento arqueológico (materiales, elementos, ecodatos, estructuras, espacios abiertos, etcétera) con el fin de establecer qué clase de utillaje se asocia con determinadas áreas hasta acercarnos al conocimiento de la red de interrelaciones espaciales que nos permitan describir el asentamiento en sus ámbitos espacial y temporal.

Las características comunes de las casas y las otras construcciones nos indican la interacción entre los habitantes de una región aunque vivan en comunidades diferentes; asimismo la distribución de las distintas estructuras en el interior del sitio nos permite reconocer similitudes

y diferencias entre los diversos asentamientos.

Si bien el estudio a nivel de sitio nos permite la obtención de datos para inferir ciertos aspectos de las sociedades del pasado, las comunidades se encontraban inmersas dentro de una problemática regional, por lo que sólo a través de la perspectiva de la región se puede entender cabalmente un sitio arqueológico.

Son varios los elementos que se deben tomar en consideración a la hora de establecer el patrón de asentamiento regional. En primer lugar, las condiciones del medio ambiente es el factor al que por lo general se le atribuye la mayor importancia al momento de elegir un lugar u otro para establecerse. Es decir, se considera que un grupo humano busca preferentemente aquellas zonas que le ofrezcan mayores ventajas para la

subsistencia: fácil acceso al agua, alta cantidad y variedad de recursos, etcétera.

Pero no son únicamente los medios de subsistencia primarios los que se obtienen del medio ambiente. De él provienen también los materiales para la construcción de las diversas estructuras arquitectónicas, desde una casa habitación hasta los edificios públicos de funciones religiosas y/o administrativas. Asimismo, el medio ambiente proporciona las materias primas necesarias para la elaboración de artefactos rituales, ceremoniales o domésticos.

De esta forma, además de reconocer las zonas potencialmente fértiles y con los recursos necesarios para la sobrevivencia, también debemos enfocar nuestro interés hacia aquellos lugares en donde es probable la presencia de yacimientos de materiales susceptibles de haber sido utilizados por los habitantes de la región en el pasado. Éstos, en buena medida, nos pueden indicar la existencia en sus cercanías, o ser ellos mismos, sitios arqueológicos.

Ahora bien, no solamente las condiciones ambientales juegan un papel, en ciertas circunstancias existen otros elementos que pueden ser más importantes que el fácil acceso a los recursos. Sobresale sin duda la seguridad, es decir, en ocasiones es necesario establecerse en una zona de difícil acceso y/o protegido por factores naturales, aunque los medios de subsistencia queden un tanto alejados.

Asimismo, la existencia de una ruta de comercio o un camino puedan inclinar la balanza hacia ahí. Incluso los valores religiosos y las normas sociales pueden desempeñar un rol destacado en el momento de elegir un lugar para establecerse y disminuir la importancia del medio ambiente, los conflictos y las actividades comerciales. Así pues:

Contemplándolo desde una perspectiva más amplia, no debe considerarse menos óptimo asentarse en un lugar con suelos aparentemente pobres. En ciertas situaciones pudo valorarse que el principal recurso alimentario estuviese situado lejos del yacimiento (es

decir, fuera de los límites hipotéticos del área de captación) si se satisfacían así otros requerimientos (Hodder y Orton, 1990:256-257).

En consecuencia, la ubicación de un sitio es esencialmente racional, raramente óptimo, y siempre, algo idiosincrásico (Butzer, 1989:247).

Patrón de asentamiento en la región a lo largo del tiempo

Hasta ahora la evidencia de ocupación más temprana en la región es el reciente hallazgo de “material cerámico diagnóstico perteneciente al complejo Chinesco” (Garduño *et al.*, 2000:8), el cual fue situado cronológicamente en el Formativo terminal (200 a.C.-200/250 d.C.), con más precisión, alrededor del año 100 d.C. Por desgracia, esta ocupación se ha reconocido con base en material foráneo: el complejo Chinesco es característico del altiplano nayarita y jalisciense, y se ha identificado en particular como parte de las ofrendas de tumbas de tiro (Furst, 1966).

Hasta el año 250 d.C. fue cuando se ocupó prácticamente toda la región. Aunque el tiempo comprendido entre el 250 y el 500 d.C., recibe diferentes nombres en el norte de Nayarit y sur de Sinaloa, al denominársele fase Gavilán y fase Tierra del Padre respectivamente, en realidad se nombra a un mismo complejo cultural. De hecho Gordon Grosscup, autor de la denominación de la primera fase citada, señala: “Gavilán polychrome (característico de la fase Gavilán de Amapa) y Early Chametla polychrome (característico de la fase Tierra del Padre de Chametla), son muy semejantes” (1976:254). Betty Bell va un poco más lejos y afirma: “Con base en el análisis de la cerámica, la fase Gavilán (Amapa) y la fase Tierra del Padre (Chametla) pueden considerarse como variaciones regionales de la misma fase...” (1971: 711). Yo estoy de acuerdo con esta última afirmación.

Los tipos cerámicos diagnósticos de estas fases, Chametla policromo temprano y Gavilán policromo han sido recuperados sobre todo en

sitios ubicados en la vega de los ríos como Amapa, Peñitas, San Felipe Aztatlán, Chametla y El Walamo, pero también en algunos que se ubican en la llanura abierta como Coamiles, San Miguel, La Tarjea y Juana Gómez e incluso en El Venadillo y Tecualilla, sitios ubicados a orillas de la marisma, lo que nos indica que ya desde ese momento estaban habitadas las distintas zonas ecogeográficas de la región.

La cerámica “diagnóstica” se asocia con la cerámica monocroma de color rojo, naranja y café, cuyas formas principales son las ollas y jarras; así como con la cerámica bicroma llamada por Isabel Kelly “Red-rimmed utility ware” y que yo denominó Borde rojo. Hay también lascas y pequeños nódulos de obsidiana gris oscuro; además de restos de pescado, jaiba y conchas de ostión. Una de estas últimas —recuperada en el sitio San Miguel—, presenta evidencias de que fue sometida a calor durante largo tiempo, quizá como parte del proceso de ahumado (Grave, 2000).

Las características de los sitios no podemos establecerlas, dado que el material se ha recuperado casi siempre en el fondo de los pozos; sin embargo, la única evidencia de arquitectura asociada son fragmentos de bajareque, por lo que considero que los asentamientos estaban formados por sólo unas cuantas casas.

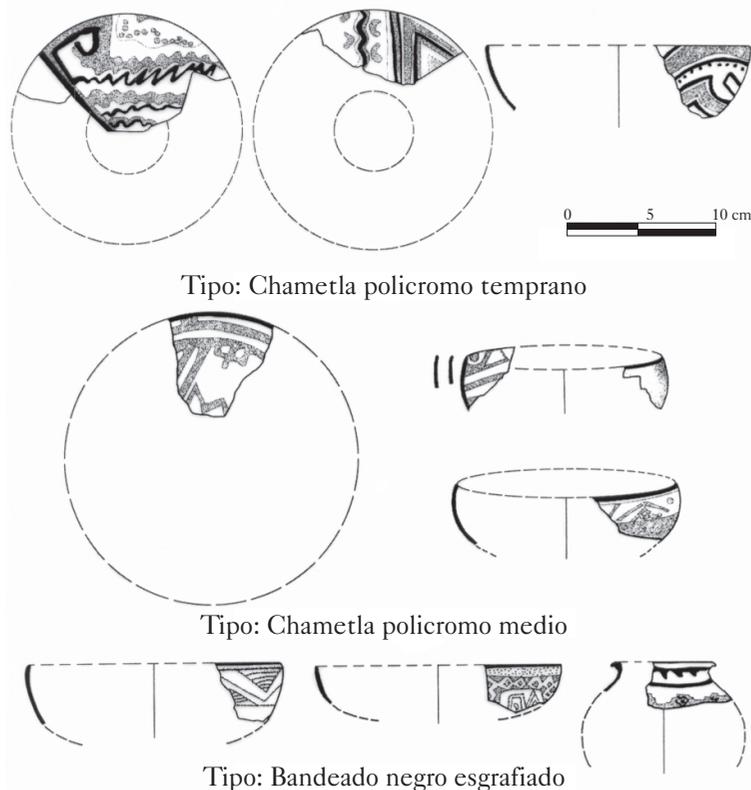
La siguiente división temporal abarca del año 500 al 750 d.C., y también recibe nombres distintos según la división política actual: Amapa en Nayarit, Bahuarte en Sinaloa. Sin embargo, es evidente la estrecha relación entre ambas fases.

La cerámica característica en Amapa durante este tiempo (fase Amapa) fue el tipo Amapa blanco. El color que va del blanco grueso al crema fugitivo parece derivarse del tipo Chametla

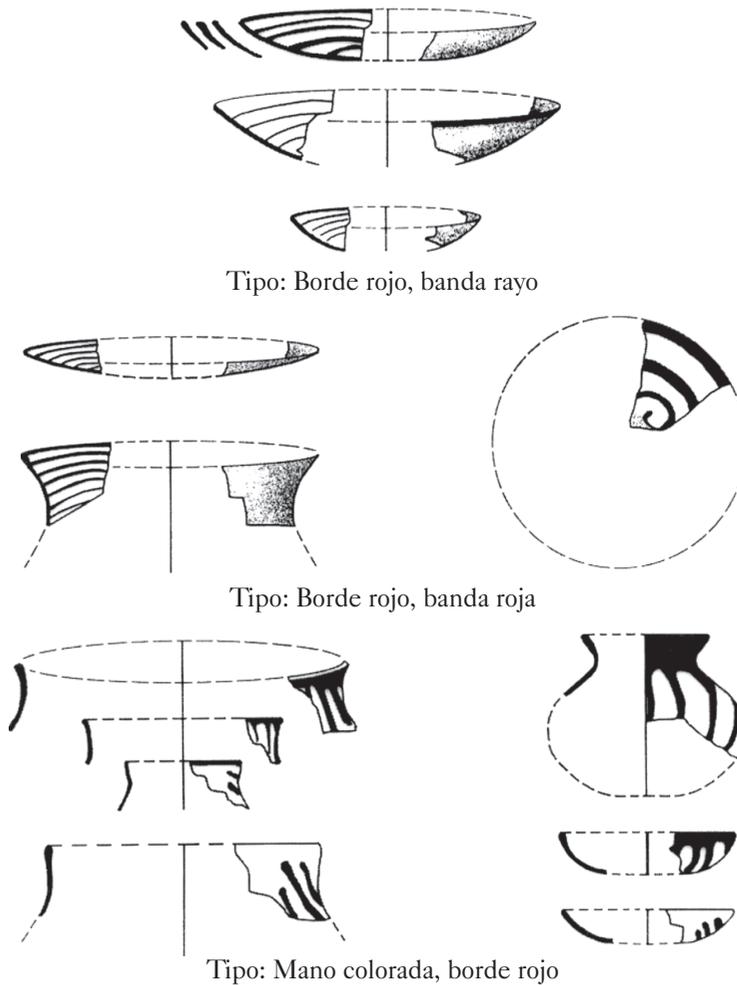
policromo medio de Chametla, y el uso de incisiones quizá se relacione con la variedad grabada de la cerámica de Chametla. Los círculos concéntricos y el diseño en forma de T se encuentran en las dos. La forma más común en ambos tipos es un cuenco bajo, ligeramente contraído, la cual probablemente se deriva de los tipos Chametla policromo temprano y Gavilán policromo (Grosscup, *op. cit.*:255).

En efecto, si bien la cerámica policroma de estas fases, es distinta de la de las fases anteriores, la verdad es que guarda muchas semejanzas. Los dos tipos diagnósticos, Chametla policromo medio y Amapa blanco, presentan características similares, tanto en el uso de los colores rojo, negro y blanco con los que se pintaron los motivos geométricos, como en los diseños principales —básicamente bandas y puntos— y, en menor medida, las líneas en zigzag y los rombos (fig. 2).

Pero sin duda la cerámica más abundante es la de Borde rojo, cuya característica sobresaliente



● Fig. 2 Cerámica policroma de la primera etapa de ocupación (250-750 d.C.).



● Fig. 3 Cerámica "Borde rojo", correspondiente a la primera etapa de ocupación.

es el borde pintado con color rojo, lo que en muchas ocasiones es el único rasgo decorativo. También se da el caso, en realidad con relativa frecuencia, que en el exterior de las ollas pequeñas, se presenten bandas verticales paralelas formando paneles, algunas de ellas semejando los dedos de la mano. Asimismo, es común encontrar en el interior de cuencos y cajetes, líneas concéntricas encontradas. Estas líneas y bandas se colocaron muchas veces también con color rojo, pero también fueron usados los colores naranja y café claro (fig. 3).

De hecho este tipo de cerámica se encuentra asociado a los materiales "diagnósticos" de la fase Tierra del Padre/Gavilán y a los de la fase

Baluarto/Amapa, aunque sí es mucho más abundante en esta última. Algo similar ocurre con la cerámica monocroma, la cual es idéntica a lo largo de estos 500 años, tanto en el uso de los colores principales —rojo, naranja, café y negro—, como en la clase de pasta usada en la elaboración casi exclusiva de ollas y jarras, la cual es de textura media, como si no hubiera sido sometida a procesos de limpieza de inclusiones.

Con esa misma pasta se elaboraron los tipos decorados, así como figurillas antropomorfas y de animales. Entre las primeras destacan los tipos Blanco fileteado y Blanco fileteado pintado, éstas se han recuperado en casi todos los sitios habitacionales de esta etapa (fig. 4). Asimismo hay presencia de malacates, la mayor parte pequeños y lisos, mientras que sólo unos cuantos están decorados con incisiones. Por su parte, las pipas son escasas.

Los objetos de molienda se elaboraron con granito y basalto. Los instrumentos para raspado y des-

bastado se elaboraron casi exclusivamente con sílex y riolita, materias primas de origen local. El sílex también se utilizó para hacer artefactos de corte, pero la mayor parte se fabricaron con obsidiana de color gris oscuro, de la cual también hay una buena cantidad de nódulos pequeños de los que se extrajeron lascas, usados con retoque o sin él. Hay muy pocas puntas de proyectil, al igual que navajillas prismáticas. Estas últimas, casi todas de color verde, fueron encontradas en los sitios de mayor tamaño.

Los análisis mediante la técnica PIXE indican que el yacimiento de origen de la obsidiana verde es la Sierra de las Navajas, en el estado de Hidalgo. Para el caso de los nódulos pequeños, si



● Fig. 4 Figurillas antropomorfas del tipo "Blanco fileteado", correspondientes a la primera etapa de ocupación.

bien no se les aplicó la técnica PIXE, es probable que provengan del yacimiento de Llano Grande, ubicado en la falda oriental de la Sierra Madre Occidental, ya que visualmente son idénticas, tanto en color como en el tamaño de los nódulos (Grave *et al.*, 2001).

De esta época se tienen evidencias de que prácticamente toda la llanura costera estuvo ocupada. La orilla de los ríos y arroyos permanentes, así como lomas cercanas a los arroyuelos se aprovecharon para asentarse, en ocasiones durante corto tiempo (fig. 5).

En realidad, muchos de los sitios ubicados en esas condiciones se han identificado a través de unos cuantos tiestos dispersos en superficie. Algunos de ellos se han interpretado como campos de cultivo y otros como casas aisladas. Sin embargo, hay otros en los que la concentración de materiales es mucho mayor, en los que además es posible observar una o más elevaciones pequeñas, presumiblemente los restos de estructuras habitacionales (fig. 6). Éstos por lo regular se encuentran cerca de arroyos de mayor caudal, cuyas aguas sólo corren durante y poco después de la temporada de lluvias.

En una situación topográfica similar hay ciertos sitios que presentan mayor complejidad, tales son los casos de El Campamento de

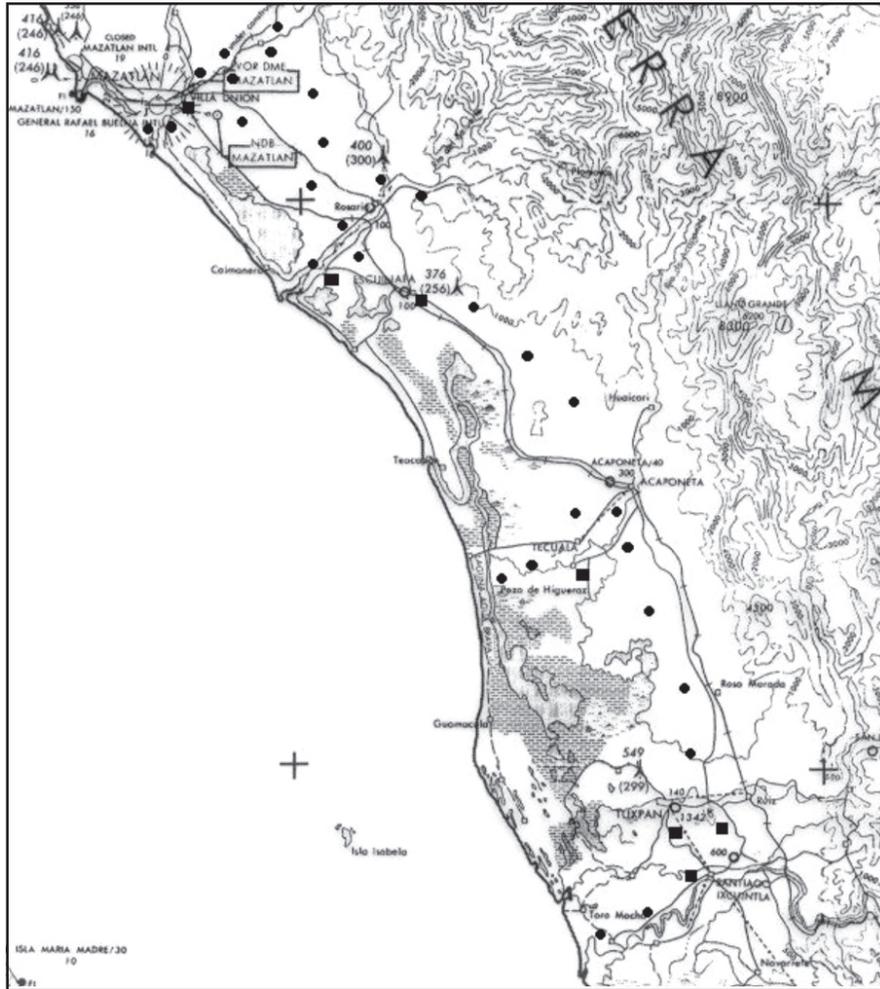
Laureano II, ubicado en un pequeño valle intermedio entre los ríos Baluarte y Presidio; y Las Lomitas, que está en un pequeño valle somontano cerca de la marisma. Quizá podamos incluir también al sitio N12/1 y El Venadillo, ambos ubicados a orillas de la marisma. Estos asentamientos presentan al menos un montículo que denota cierta planeación.

Destaca, sin embargo, el sitio Juana Gómez, en las inmediaciones de Escuinapa. Se ubica a orillas del arroyo del mismo nombre, a medio camino entre el río de Las Cañas y el Baluarte; estaba formado por nueve estructuras, al parecer todas construidas entre los años 500 y 750 d.C. (Wolynec *et al.*, 1968), lo que nos indica que ya había alcanzado cierta importancia en el contexto regional (fig. 7).

Por el momento, no contamos con datos que nos permitan reconocer otros sitios de estas características en las vegas de los ríos y que hayan estado habitados en esta fase.

La construcción de las estructuras, incluso de aquellas que parecieron funcionar como basamentos, fue en su totalidad a base de tierra; posiblemente se utilizó piedra semicareada en la fachada y como parte de los cimientos del edificio ubicado sobre el basamento.

En muchos de los sitios, con excepción de los interpretados como campos de cultivo, hay

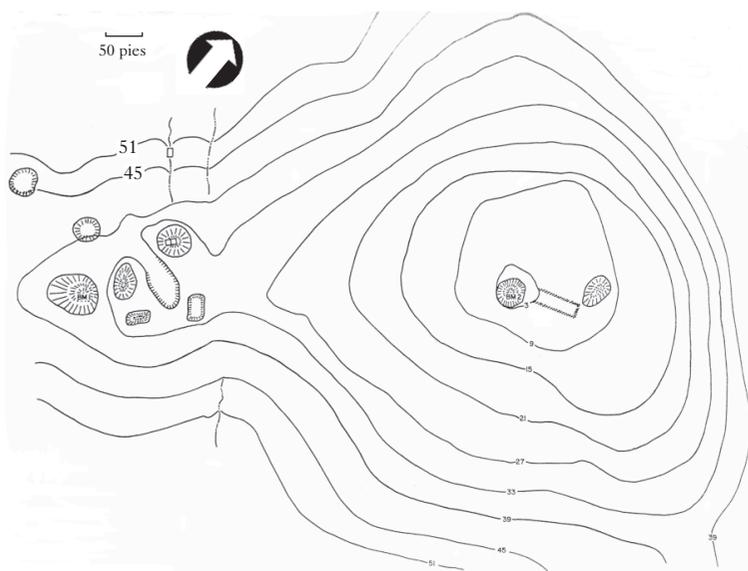


● Fig. 5 Mapa de la región con las áreas ocupadas durante la primera etapa (250-750 d.C.).

presencia de conchas de moluscos, principalmente de patas de mula y, en menor medida, de ostión y almeja. Esto se observa no sólo en los asentamientos cercanos al estero, sino también en los de la llanura y pie de monte. Asimismo, en la excavación de sitios tierra adentro se recuperaron restos de pescado y jaiba. Si bien, en general las cantidades de restos de animales terrestres y acuáticos son semejantes, la verdad es que la importancia de estos últimos decrece conforme están más alejados del mar y del estero (Wing, 1968).



● Fig. 6 Cimientos de una casa excavada en el sitio San Miguel, Sinaloa.



● Fig. 7 Plano del sitio arqueológico Juana Gómez, Sinaloa, en 1968 (modificado de Wolynech *et al.*, 1968).

Todos los enterramientos de esta etapa han sido excavados en contextos domésticos. Los individuos se colocaban bajo el piso de las casas, en ocasiones muy superficialmente. Hay entierros individuales y múltiples, algunos de ellos son resultado del uso continuo del mismo espacio a través del tiempo. Por esta razón también existen muchos entierros secundarios. Las ofrendas consisten generalmente en vasijas del tipo Borde rojo, y en ocasiones figurillas antropomorfas y malacates (fig 8).

Se practicaba también el entierro de perros. Uno de ellos, recuperado en un pequeño sitio de la vega del río Presidio, resultó ser de raza *tlalchichi*, o sea, de patas cortas (Valadez *et al.*, 2000). Probablemente a esta misma raza también pertenece uno de los cuatro ejemplares encontrados en los sitios a orillas del río Aca-poneta.

La unidad cultural de la región manifestada en los materiales de las dos fases anteriores, se hace aún más notoria en la fase Lolandis/

Tuxpan (750-900 d.C.). Ésta se caracteriza por los tipos “Red-rim decorated” y “Tuxpan red-on-orange” en el sur de Sinaloa y norte de Nayarit respectivamente, pero en realidad son diferentes denominaciones del mismo tipo.

Contrariamente a lo que pensaba Gordon Grosscup en cuanto a que representa una especie de ruptura, las recientes investigaciones han puesto de manifiesto que en toda la región hubo continuidad a lo largo de la ocupación prehispánica. Más aún, las características distintivas del tipo diagnóstico de esta fase, parecen más bien la afinación de la cerámica de Borde rojo, tan abundante en la etapa anterior. Incluso Isabel Kelly indica de manera implícita esta relación al designar a la cerámica bicroma de su complejo Chametla middle como “Red-rimmed utility ware”, y a la representativa de su complejo Aztatlán como “Red-rim decorated” (Kelly, 1938:36).

De hecho, tanto Isabel Kelly como Clement Meighan consideran que este tipo no es suficiente para hacer una separación temporal. La

De hecho, tanto Isabel Kelly como Clement Meighan consideran que este tipo no es suficiente para hacer una separación temporal. La



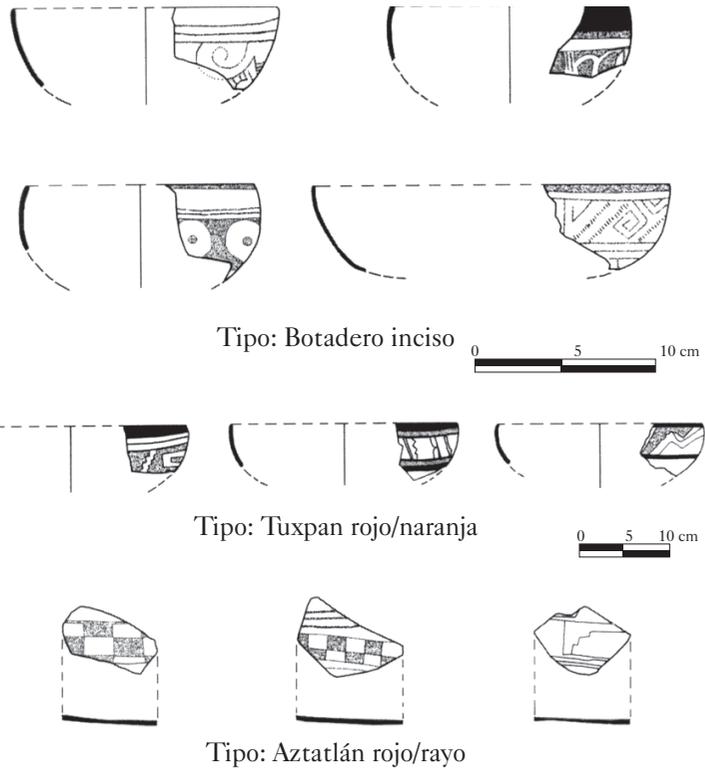
● Fig. 8 Entierro 10, excavado en una unidad habitacional del sitio San Miguel, Sinaloa. Nótese la presencia de vasijas cerámicas como ofrenda.

primera autora, como vimos, lo incluye en su complejo Aztatlán, junto con los tipos “Aztatlan ware” y “Black-on-buff”, indicando que “las relaciones genéticas entre los tres es evidente” (*idem*). Por su parte, Meighan (1976:144) comenta:

El problema principal de la cerámica de los periodos tardíos es qué hacer con los tipos Tuxpan (Tuxpan rojo, Tuxpan rojo/naranja), Grosscup los considera como lo suficientemente distintos para representar una hipotética fase cerámica perdida en la secuencia de Amapa que él llama fase Tuxpan y propone al tipo Tuxpan rojo/naranja como el marcador primario de la misma. Sin embargo, estos tipos continúan en las fases siguientes, aunque nunca fueron comunes en el sitio, yo pienso que nada más representan la primera parte de la fase Cerritos.

Durante las excavaciones en el Proyecto Carretera San Blas-Mazatlán, tramo Sinaloa, el tipo Tuxpan rojo/naranja se encontró en los mismos niveles que el tipo característico de la fase Cerritos: Botadero inciso (Grave, 2000). Más todavía, estoy de acuerdo con las “relaciones genéticas” que plantea Isabel Kelly, pues es evidente la similitud existente entre los tipos Tuxpan rojo/naranja y Botadero inciso, ya que la única diferencia es que en el primero la decoración es con pintura y en el segundo por medio de incisiones. No obstante, ambos tienen el borde rojo y bajo él una banda con diseños geométricos, principalmente espirales, rombos y líneas en zigzag, además de ocasionalmente diseños en “S”, forma de líneas escalonadas y tablero de ajedrez (fig. 9). De tal modo, podemos postular una segunda etapa que abarcaría del año 750 al 1100 d.C., es decir, con una duración de 350 años.

A diferencia de la etapa anterior se interrumpe el uso exclusivo de la pasta de textura media



● Fig. 9 Cerámica básica de la segunda etapa de ocupación (750-1100 d.C.).

para la elaboración de las vasijas y demás objetos de cerámica. Por el contrario, hay una marcada diferencia entre la pasta utilizada para la cerámica monocroma y la destinada para la cerámica decorada.

Para la fabricación de vasijas destinadas a la preparación y/o almacenamiento de alimentos como ollas, jarras y cazuelas —principalmente de colores café, naranja y blanco— la pasta es de gránulos gruesos. En tanto, los cuencos y cajetes decorados se hicieron con una pasta de textura fina, casi sin inclusiones.

En realidad, además de los abundantes cuencos y cajetes, ocasionalmente se han encontrado platos y ollas profusamente decorados, algunos de ellos auténticas vasijas-códice, pues tienen representadas escenas de acontecimientos míticos y/o rituales (Sweetman, 1974; Von Winning, 1996). Desafortunadamente, la mayor parte de ellas han sido saqueadas y están en manos de coleccionistas privados.

Las figurillas antropomorfas y zoomorfas son en general planas, a diferencia de las redondeadas de la etapa anterior. En las descripciones se han destacado las conocidas genéricamente como Mazapa, algunas de las cuales son de origen foráneo, aunque al parecer otras fueron realizadas en la región (Grosscup, 1961; Duverger y Lévine, 1986; Garduño *et al.*, 2000). Curiosamente, hasta el momento este tipo de figurillas únicamente han sido encontradas en el norte de Nayarit, y no en el sur de Sinaloa. Las pipas y malacates son relativamente abundantes y casi todos fueron decorados mediante incisiones.

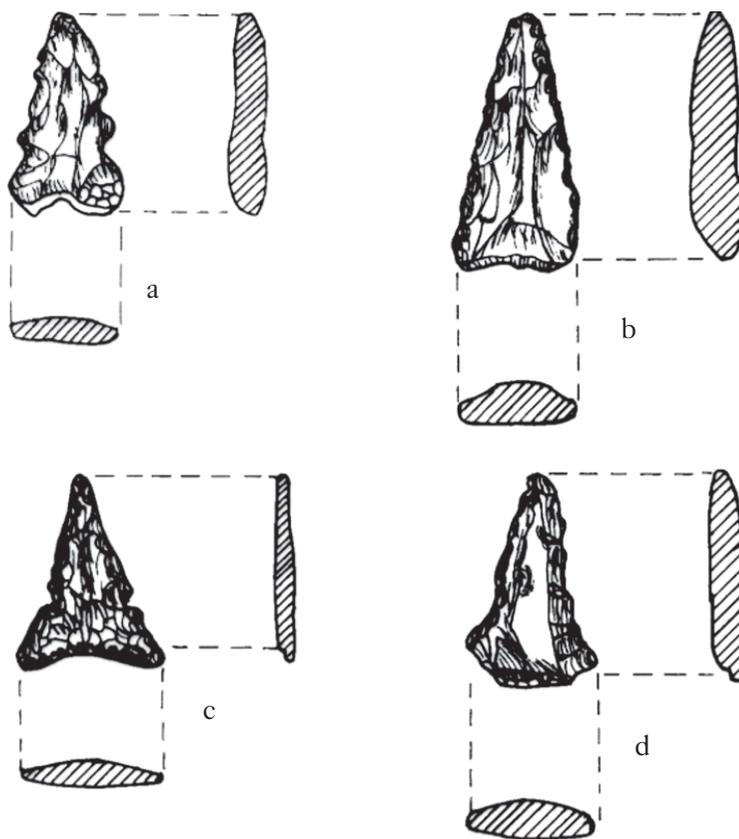
Hay también un notable incremento en el uso de la obsidiana. Si bien todavía la mayor parte consiste en nódulos pequeños y lascas de obsidiana gris oscuro, hay una relativa abundancia de artefactos terminados, entre los que destacan las navajillas prismáticas de obsidiana gris claro y gris verdoso. En realidad también las puntas de proyectil se fabricaron sobre navajillas (fig. 10).

El análisis de varios de estos artefactos con la técnica PIXE concluyó que el yacimiento de origen de la mayor parte de la obsidiana gris claro y gris verdoso es el de Pénjamo, Guanajuato; algunos artefactos son de obsidiana de Abasolo, también en Guanajuato, y únicamente dos son de uno de los yacimientos de la cuenca de Magdalena, en el actual estado de Jalisco (Grave *et al.*, 2001). Esta conclusión resultó en verdad sorprendente, pues se había supuesto que de este último era de donde provenía casi toda la obsidiana usada en la región a lo largo de la ocupación prehispánica.

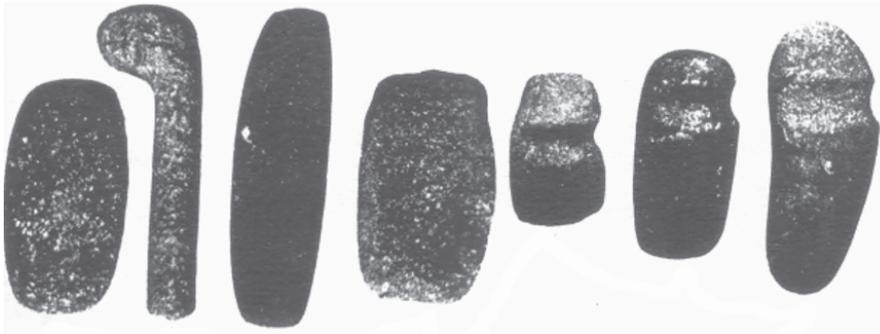
El resto de los artefactos de lítica tallada, como raspadores y desbastadores, se elaboraron básicamente con materias primas locales como sílex y riolita. También en la fabricación de los objetos de molienda y otros objetos de lítica pulida se utilizaron materiales comunes en la región como el granito y el basalto. Destacan en este rubro las hachas de garganta de $\frac{3}{4}$ y las manos de metate con los extremos abultados, frecuentes en toda la región (fig. 11).

En varios de los sitios excavados —en la vega de los ríos y a orillas de la marisma— se han encontrado objetos de cobre como parte de los ajuares funerarios de algunos individuos. Por el contrario, es de destacar la escasez de artefactos elaborados con concha.

Los muertos se siguieron depositando bajo el piso de las casas, pero además de los entierros



● Fig. 10 Artefactos de obsidiana elaborados sobre navajillas. a) Punta con muescas, obsidiana gris-verde MR-060 Boca Los Arroyos; b) Punta sobre navaja, obsidiana gris MR-063 Las Ranas, sup.; c) Punta con muescas, obsidiana gris MR-060 Boca Los Arroyos; d) Perforador, obsidiana gris MR-016 El Mangal C.I.



● Fig. 11 Manos de metate y hachas de garganta de $\frac{3}{4}$ (modificado de Kelly, 1938).

directos de la etapa anterior, a partir del 750 d.C., es común la incidencia de entierros en urnas funerarias, ollas grandes cubiertas con tapas. Los individuos depositados en esas condiciones fueron desmembrados para colocar sus huesos dentro de la olla como parte de un ritual *post mortem*.

Con respecto a la distribución de los sitios podemos hablar de un auge ocupacional, pues a partir del 750 d.C., estuvieron densamente habitados la planicie, el pie de monte y el área pantanosa a orillas de la marisma. Sin embargo, hay ciertos cambios, ya que para entonces los asentamientos ubicados sobre lomas a orillas de arroyos de poco caudal fueron menos que en la etapa anterior. Por otra parte hubo una gran cantidad de sitios en el estero, la mayoría concheros y con muy pocos materiales cerámicos o líticos, por lo que los consideramos como zonas de pesca, semejantes a los modernos sitios de pesca que sólo se habitan en el otoño durante la temporada alta de la captura de camarón (fig. 12).

Las actividades pesqueras no se limitaron a la recolección de moluscos de concha. También eran capturadas varias especies de peces; se han encontrado restos de bagre, robalo, palometa, pargo, liza y mojarra (Feldman, 1972), además de jaiba. No se conservan restos de camarón, pero sin duda debió ser una especie importante.

También en la marisma hay sitios que estuvieron habitados de manera permanente y durante un largo periodo de tiempo como Arrinitas,

Chalpa, Tecualilla, Venadillo e Isla Panales, entre otros. Se ha supuesto que en ellos, además de la pesca también se practicaba la agricultura. Dice R. Shenkel (1968: 37):

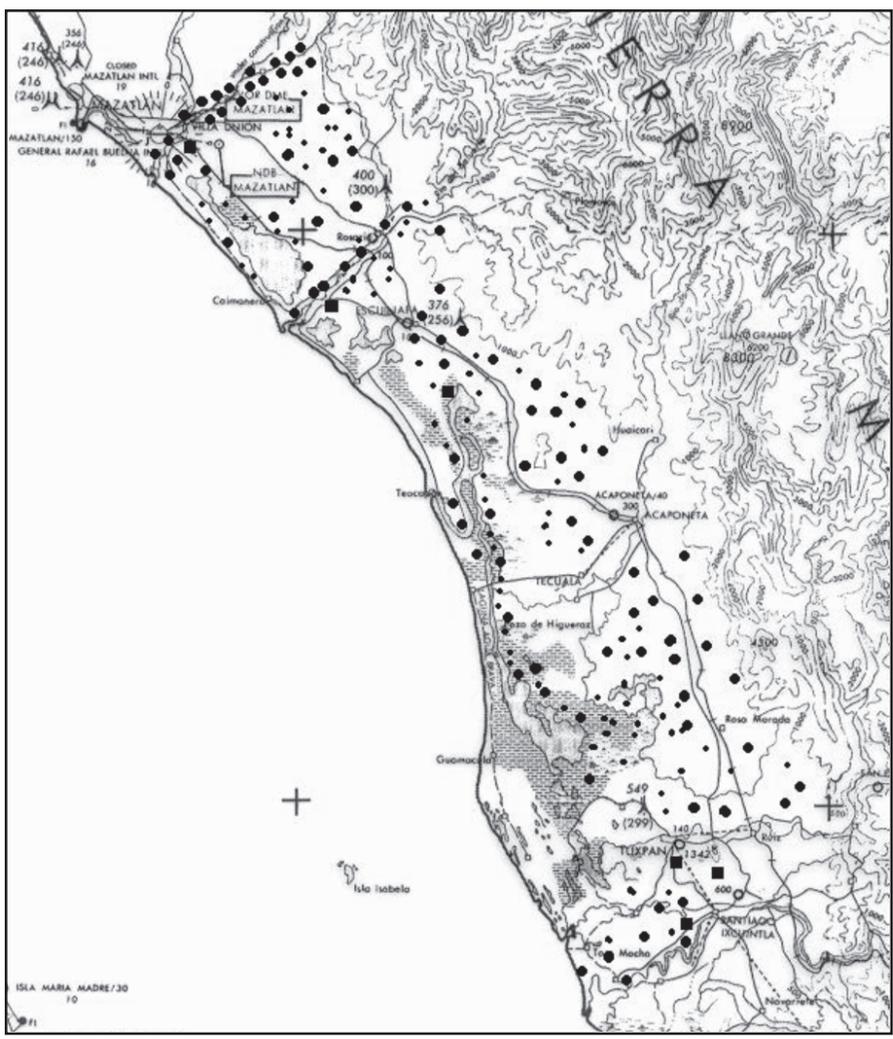
El estero de Teacapán es un área donde la población aborígen hizo

un uso extensivo de dos fuentes de recursos. El más evidente fue el uso de la concha. El segundo, la agricultura, estuvo presente, pero se infiere sólo por la presencia de artefactos. Manos y metates y pipas son indicadores de la práctica agrícola, aunque no se encontraron evidencias directas de ello.

Sin embargo, los suelos cenagosos de las orillas de la marisma son poco aptos para las labores agrícolas. En contraparte, la vega de los ríos es la zona con mayor capacidad agrícola de la región; en ella es posible obtener, sin sistemas de riego sofisticados, hasta dos cosechas anuales. Hay muchos sitios a orillas de los ríos con evidencias de ocupación en esta etapa. La mayoría son pequeños —una y dos hectáreas— y están separados entre sí también por pocas hectáreas, como si cada asentamiento tuviera sus parcelas aledañas.

Pero también ahí se localizan sitios de gran tamaño y complejidad; algunos ocupan hasta más de 100 hectáreas y están compuestos por decenas de estructuras arquitectónicas, algunas de éstas llegaron a tener varios metros de altura y se distribuyen alrededor de plazas formando la parte central de los asentamientos. Las estructuras son de forma piramidal con una altura de hasta 10 m y, al menos en Amapa, una cancha para el juego de pelota (fig. 13).

Las estructuras periféricas tenían funciones habitacionales y fueron construidas con tierra, mientras que a las principales se les agregó un revestimiento de adobe y piedras para conferirles mayor estabilidad.



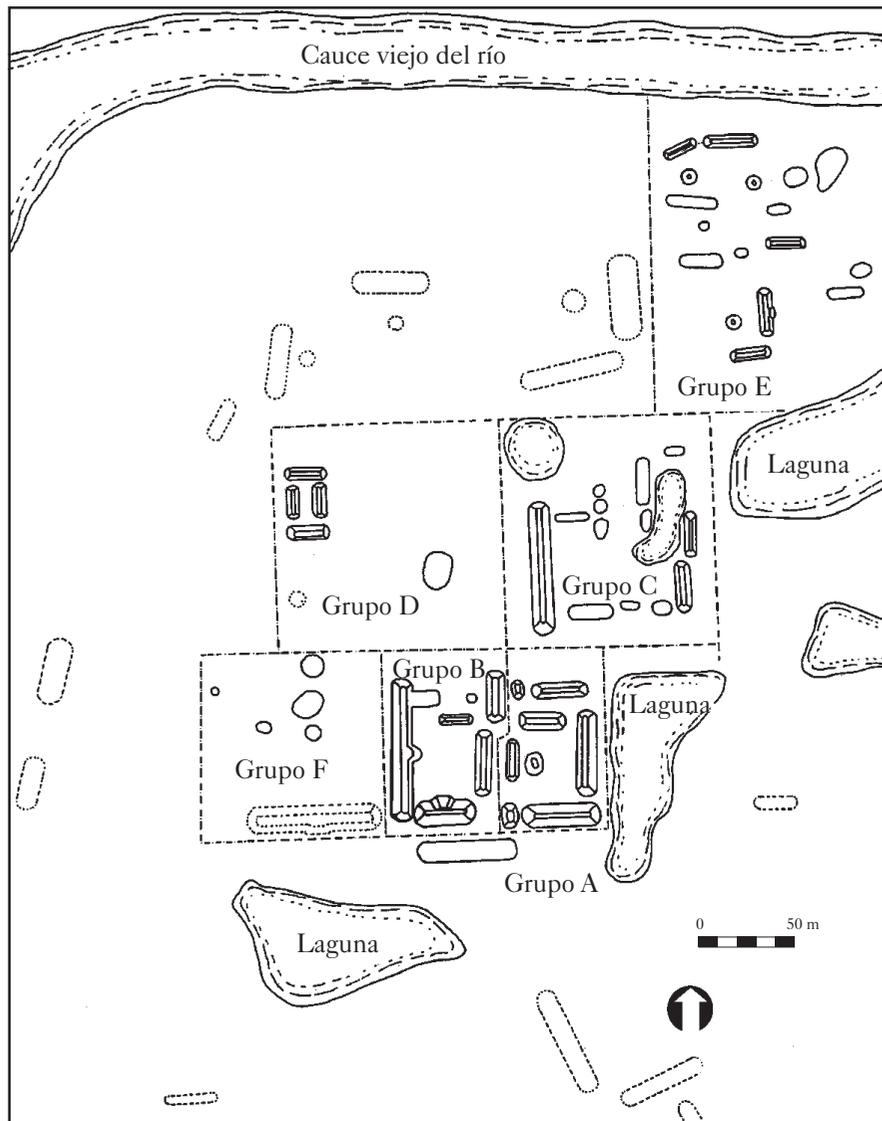
● Fig. 12 Mapa de la región con las áreas ocupadas durante la segunda etapa (750-1100 d.C.).

Resulta notorio que sólo haya un asentamiento de estas características en cada uno de los ríos, éste casi siempre se ubica en una zona intermedia entre la sierra y la costa. De sur a norte, están: Amapa, en el río Santiago; probablemente Peñitas, a orillas del río San Pedro; Aztatlán en la margen del río Acaponeta; Chametla, en la vega del río Baluarte y El Walamo, en el río Presidio. Además, Coamiles a orillas de una laguna semipermanente, a medio camino entre los ríos Santiago y San Pedro.

Es evidente que estos sitios funcionaron como centros político-religiosos, en los que se realizaban actividades administrativas y de culto que involucraban a los habitantes de las zonas aledañas. Probablemente eran el centro de

producción y/o distribución de algunas herramientas y de los objetos suntuarios.

Un caso que rompe con este modelo es El Calón, tanto por sus características como por su ubicación. Se trata de un cono truncado de más de 20 m de altura elaborado completamente con conchas de moluscos, la mayoría de ellas todavía cerradas. Se ubica en medio de la marisma, prácticamente aislado de edificios administrativos y habitacionales (fig. 14). Se encuentra a orillas de la laguna Agua Grande, casi al centro de lo que postulamos como una región, a la que es posible acceder navegando desde casi cualquier punto de la misma. Parece que cuando el sitio estuvo en funcionamiento, estaba directamente sobre la orilla del agua o



● Fig. 13 Plano de la parte central del sitio arqueológico de Amapa, Nayarit (modificado de Meighan, 1976).

quizá en una isla (Cottrell, 1972), sin la presencia del manglar.

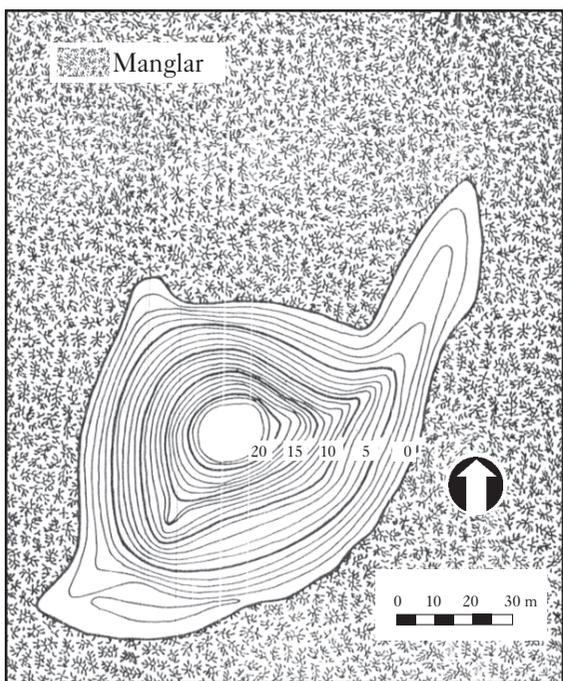
A partir del año 1100 hay nuevas condiciones. Al periodo entre el 1100 y el 1300 d.C., se le llamó en Amapa fase Ixcuintla, en tanto que en el sur de Sinaloa se le nombra fase El Taste-Mazatlán. En general, en toda la región se da un cambio en la calidad de los materiales cerámicos: la cerámica decorada (y un tipo monocromo, el Taste satín) se elaboró con una pasta todavía más fina que la anterior, como si hubiese

sido sometida a varios procesos de cribado, hasta dejarla completamente libre de inclusiones. Esto permitió darle un acabado de superficie bruñido, casi lustroso; sus formas principales son ollas y cajetes con el borde evertido (fig. 15). Por el contrario, la cerámica utilitaria, básicamente tecomates, se continuó fabricando con la misma pasta granulosa y su acabado es apenas alisado, en ocasiones francamente rugoso.

Esta diferencia entre una y otra cerámica se presenta tanto en el sur de Sinaloa como en el norte de Nayarit, ya que, si bien los tipos han recibido distintos nombres, la verdad es que entre ellos existen muchas semejanzas si no es que son idénticos.

Los malacates y las figurillas se elaboraron también con la pasta de granos gruesos. Los primeros son grandes y su decoración básica son puntos y líneas incisas, las figurillas antropomorfas también fueron decoradas por medio de incisiones representando collares y escarificaciones (fig. 16).

En los artefactos de lítica pulida y tallada, no se manifiestan muchas diferencias respecto de la etapa anterior; si acaso, otra vez hay presencia de navajillas prismáticas de obsidiana verde, proveniente del yacimiento de la



● Fig. 14 Plano del sitio arqueológico El Calón, Sinaloa, con su ubicación en medio del manglar (modificado de Shenkel, 1974).

Esta situación debió mantenerse en los últimos años de la época prehispánica. Sin embargo sólo en Amapa se han encontrado datos confiables acerca de la ocupación posterior al año 1300; por otro lado, parece que hacia el 1500 d.C., hubo despoblación. Para el resto de la región, la evidencia arqueológica recuperada hasta ahora nos indica que ésta se deshabitó alrededor del 1300 d.C., lo que señala que se encontraba deshabitada a la llegada de los españoles. Sin embargo, en las fuentes documentales del siglo XVI se consigna exactamente lo contrario.

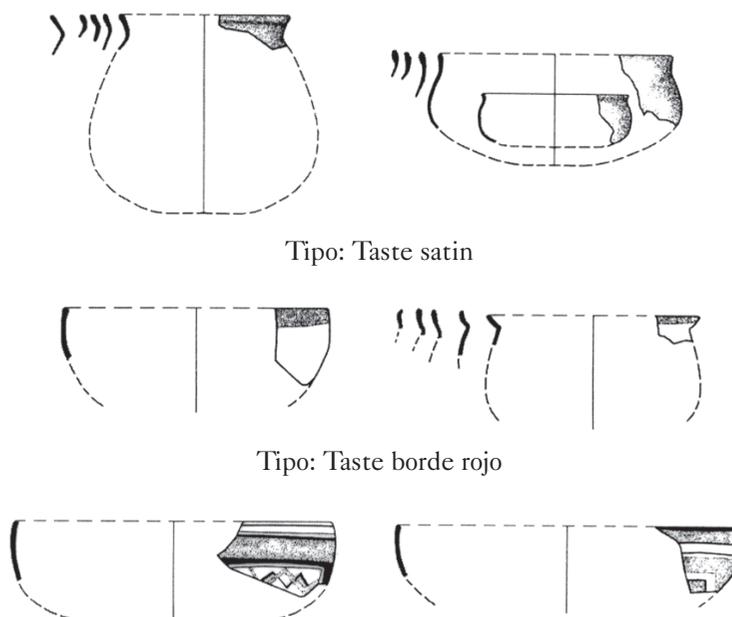
Consideraciones finales

El estudio del patrón de asentamiento regional nos permite un mayor acercamiento a las características generales de los sitios arqueológicos de la región Totorame y, como secuela el reconocimiento de los procesos ocurridos en ella en el pasado prehispánico.

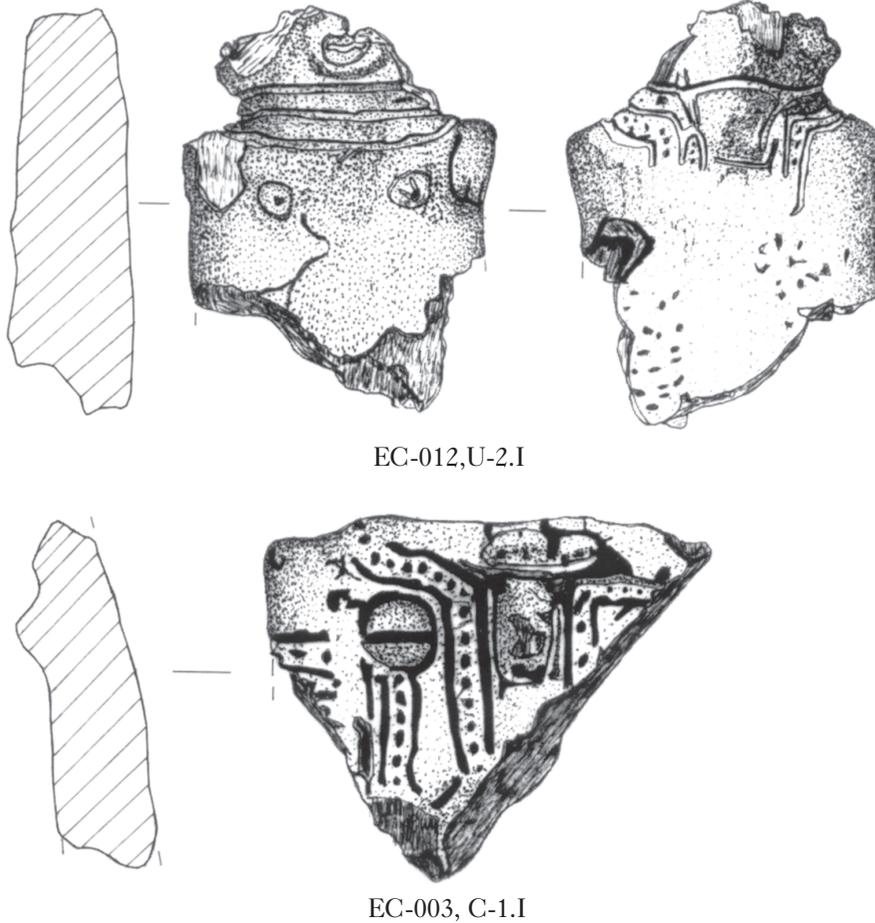
Las condiciones del medio ambiente permitieron el acceso a una alta cantidad y variedad de recursos, debido a que en una zona relativamente pequeña hay una gran diversidad de “microambientes” susceptibles de ser aprovechados.

Sierra de las Navajas, en el actual estado de Hidalgo.

Donde sí se observa un cambio notable es en el número de sitios y en su distribución geográfica. En primer lugar disminuyen notoriamente los concheros, además, en el resto de los asentamientos ubicados a orillas de la marisma las conchas son escasas. Esto no significa que la pesca haya perdido por completo su importancia —si acaso sólo la recolección de moluscos—, pues sigue habiendo restos de peces y jaibas. Las orillas de los ríos continúan habitadas aunque con mucha menor densidad; asimismo continúan ocupados casi todos los sitios de mayor tamaño, exceptuando posiblemente a El Calón (fig. 17).



● Fig. 15 Cerámica de la tercera etapa de ocupación (1100-1530 d.C.).



● Fig. 16 Figurillas antropomorfas El Toste correspondientes a la tercera etapa de ocupación.

Por otro lado, la extensa red de esteros y ríos permitió la comunicación rápida y directa entre prácticamente todos los puntos de la región.

Esta situación sin duda tuvo un papel relevante en la integración de los habitantes de las distintas comunidades, manifestándose en la práctica común de ciertas actividades productivas, la forma de organizarse y, sobre todo, la permanencia a largo plazo de algunos atributos culturales.

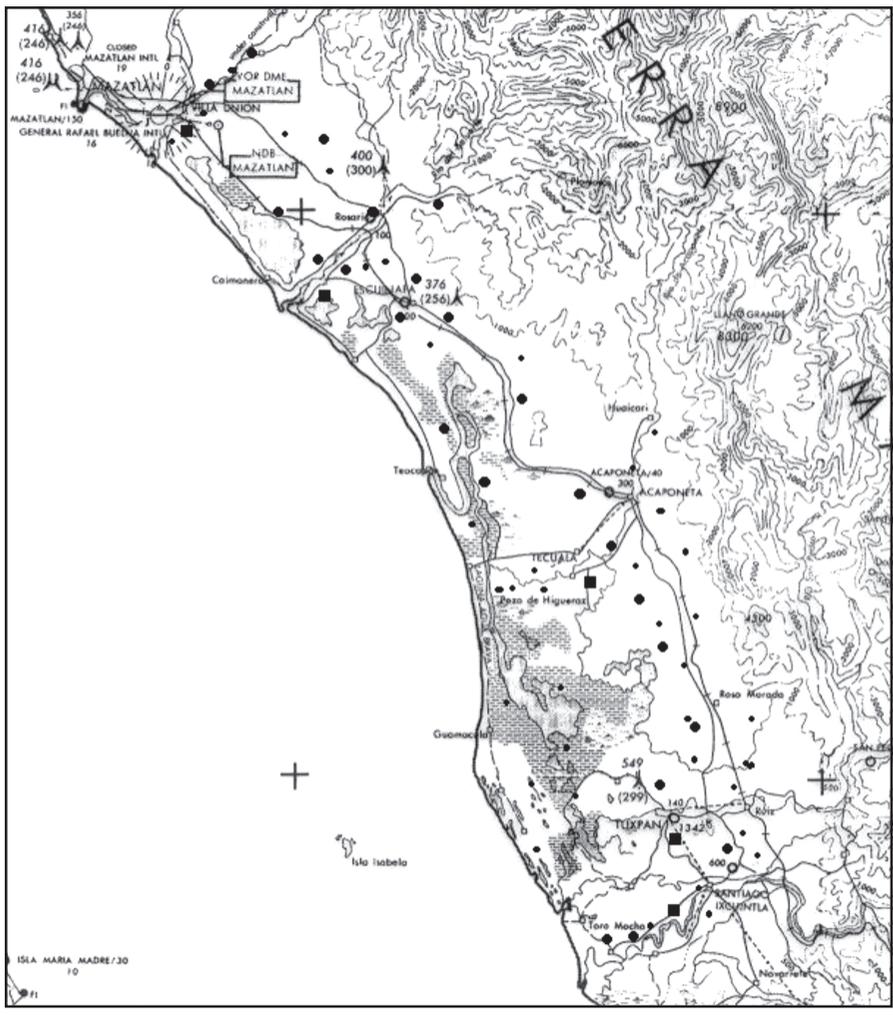
Si bien la ocupación más temprana se puede rastrear hasta el 200 a.C., no es sino hasta el 250 d.C., cuando toda la región estuvo por completo habitada, permaneciendo así —con

ligeros cambios— hasta la llegada de los españoles. Aunque tradicionalmente el desarrollo de la región ha sido dividido en seis fases, yo prefiero dividirlo en tres etapas: la primera del año 250 al 750 d.C., la segunda del 750 al 1100 d.C., y la tercera desde el 1100 al 1530, año de la incursión de las huestes de Nuño de Guzmán a estas tierras, iniciándose “a sangre y fuego” su adhesión a la Corona española.

A lo largo de los primeros 500 años (250-750 d.C.) es evidente la similitud entre los tipos cerámicos decorados que determinan las fases Tierra del Padre/Gavilán y Baluarte/Amapa, más aún, hay

continuidad en el uso de la cerámica monocroma y no hay cambios en los tipos de figurillas antropomorfas y de los artefactos de obsidiana, incluso en la clase de obsidiana que llegó a la región.

Durante estos 500, años la población se asentó preferentemente en la vega de los ríos y en las cercanías de arroyos de cauce permanente, aunque también hay una regular cantidad de sitios en las orillas de arroyos de corriente intermitente. En contraste, las áreas cenagosas de la marisma estaban casi deshabitadas; hasta ahora sólo tenemos noticias ciertas de la ocupación de dos asentamientos en estas condiciones: El Venadillo e Isla Panales, ambos ubicados a orillas de la laguna Agua Grande.



● Fig. 17 Mapa de la región con las áreas ocupadas durante la tercera etapa (1100-1530 d.C.).

Podemos inferir que la actividad principal en esta época fue la agricultura. En la vega de los ríos es factible obtener dos cosechas anualmente, mientras que en el resto de la llanura costera sería de temporal y quizá de forma itinerante tomando en cuenta la alta cantidad de sitios de corta ocupación en esa zona.

La caza y la obtención de materias primas eran actividades realizadas para consumo familiar, así como la pesca y la recolección de moluscos. Podemos decir que aun cuando hubo un aprovechamiento extensivo de los recursos

| Años | Kelly y Winters, 1960 | Gordon Grooscup, 1976 | Clement Meighan, 1976 | Alfonso Grave, 2000 |
|----------|-----------------------|-----------------------|-----------------------|--|
| 1500 | ? | Santiago | ? | Tercera etapa |
| 1400 | El Taste | Ixcuintla | Santiago | |
| 1300 | | | Ixcuintla | |
| 1200 | Acaponeta | Cerritos | Cerritos | Segunda etapa |
| 1100 | | | | |
| 1000 | Lolandis | Tuxpan | Cerritos | Segunda etapa |
| 900 | | | | |
| 800 | Baluarte | Amapa | Sin Ocupación | Primera etapa |
| 700 | | | | |
| 600 | Tierra del Padre | Gavilán | Amapa | |
| 500 | ? | ? | Gavilán | Complejo Chinesco (Garduño, Gámez y Perez, 2000) |
| 400 | | | | |
| 300 | ? | ? | Gavilán | |
| 200 | | | | |
| 100 d.C. | | | | |
| 0 | | | | |
| 100 a.C. | | | | |
| 200 | | | | |
| 300 | | | | |

● Fig. 18 Tabla con las distintas secuencias de ocupación que han sido propuestas para la región.

silvestres no existió para entonces una explotación intensiva.

La extracción de sal es otra actividad que podemos de manera indirecta inferir que se desarrolló. Los dos sitios ubicados en la marisma están en una zona poco apta para la agricultura y no cuentan con evidencia de que en esta época se hubiera practicado intensamente la pesca, por tanto, dadas estas condiciones, la actividad principal de sus habitantes pudo ser la extracción de sal. Ambos asentamientos están cerca del sitio Juana Gómez, el único de esta etapa al que podemos considerar como “centro rector”, y que podemos proponer como impulsor de la explotación salinera.

Esta actividad les permitió a los productores contar con excedentes destinados al intercambio de bienes que no se producían en la región.

El único elemento foráneo que hemos identificado plenamente es la obsidiana de color gris oscuro y la de color verde. Como vimos, la primera parece tener su origen en el yacimiento de Llano Grande, muy cerca del altiplano duranguense, mientras que la segunda proviene con seguridad de la Sierra de las Navajas, en el estado de Hidalgo. La explotación de este último yacimiento era controlada por Teotihuacan (*cf.* Spence, 1981), con lo que podemos proponer una relación directa entre ambos lugares, sin embargo, no tenemos otros elementos como para sostener tal propuesta. Sugerimos que los grupos de la llanura costera accedieron a la obsidiana a través de sus contactos con los grupos chalchihuites, los cuales están plenamente documentados desde esta etapa (Kelley y Winter, 1960; Kelley, 1990).

Aunque Charles Kelley propone que los bienes destinados al intercambio fueron pieles de animales y carne seca por parte de los chalchihuites, y conchas y camarón seco por los totomames, yo considero que los productos básicos en las transacciones fueron la obsidiana y la sal, ambos “bienes escasos”. Finalmente sugiero el

mangle rojo dadas sus posibilidades de uso en peletería (Martínez, 1936).

Otras zonas con las que se mantuvieron contactos fueron Ixtlán del Río, en el altiplano nayarita (Gifford, 1950, Grosscup, 1976) y Huatabampo, en el sur de Sonora y norte de Sinaloa (Álvarez, 1985 y com. pers., 2001).

La segunda etapa (750-1100 d.C.) se caracteriza por una mayor uniformidad de los elementos culturales, actividades económicas y organización sociopolítica en la región. En primer lugar destaca la cerámica decorada en rojo sobre fondo crema o café claro, en especial los tipos Tuxpan rojo/naranja y Botadero inciso, que forman la parte básica de la cerámica Aztatlán y que en palabras de Clement Meighan es “una de las cerámicas prehistóricas más elaboradas del Nuevo Mundo, e incluye una tremenda diversidad de variedades incisas y policromas” (1971: 761).

De acuerdo con la distribución y características de los sitios en esta etapa podemos concluir que eran tres las actividades económicas principales: la agricultura en la vega de los ríos y la llanura costera; la extracción de sal en algunas áreas de la marisma y la pesca y recolección de moluscos en prácticamente todo el sistema de esteros. En particular, se manifiesta una intensiva explotación de los recursos de la marisma, sobre todo de los moluscos de concha como lo prueba los más de 500 concheros atribuibles a esta época.

Es relevante la presencia de asentamientos que podemos considerar como “centros rectores” en cada uno de los ríos de la región. Todos presentan espacios diseñados para la celebración de ceremonias periódicas rodeados de los principales edificios públicos. En este sentido sobresale El Calón, su ubicación y características deben estar relacionadas con la práctica de ritos colectivos propiciatorios de una buena pesca. La importancia de la religión se pone de manifiesto también en la proliferación de representaciones

de dioses en las vasijas de cerámica, algunas de las cuales son auténticas vasijas-códice con representaciones de escenas míticas y/o rituales (Sweetman, 1974; Von Winning, 1996).

Esta serie de elementos son consecuencia de la implantación de mecanismos de control económico e ideológico con el objeto de mantener el dominio sobre el resto de los habitantes de la región, y al mismo tiempo intensificar la producción para obtener excedentes que le permitieran al grupo gobernante obtener, por medio del intercambio, bienes que no se encontraban en sus dominios.

Las conchas de molusco y la cerámica Aztatlán son los principales indicadores del mantenimiento de relaciones con otras áreas del Noroeste y Occidente de México, desde el sur de Sonora hasta el sur de Jalisco, así como el altiplano duranguense (Álvarez, 1985; Braniff, 1989; Ekholm, 1942; Ganot y Peschard, 1990; Gifford, 1950; Kelley, 1990; Kelley y Winters, 1960; Kelly, 1945; Mountjoy, 1990; entre otros).

Contactos más al sur los podemos detectar a través del cobre, ya que éste pudo llegar de la cuenca del río Balsas; junto con él debió llegar la obsidiana gris y gris-verde de los yacimientos de Pénjamo y Abasolo, ya que estos sitios eran los principales proveedores de obsidiana de la Tierra Caliente michoacana en esta época (Esparza, 1999).

Así pues, la cerámica policroma, la obsidiana, el cobre, la concha, la sal, etcétera —todos “bienes escasos”—, fueron objeto de intercambios constantes con el fin de mantener el prestigio de las elites gobernantes y a la vez consolidar la integración política de la región Totorame. Ello no significa que todo el territorio haya estado sujeto a una sola capital sino que estaba dividido en distintas unidades políticas pero culturalmente interrelacionadas. El sitio El Calón pareció funcionar como símbolo de esa alianza.

Luego del año 1100 d.C., hay algunos cambios notables tanto en los materiales como en el

patrón de asentamiento. En primer lugar, el acabado de superficie de la cerámica decorada se hace más brillante y con colores más firmes, lo que llevó a Isabel Kelly a decir: “En forma, diseño, colores y textura, uno de los especímenes comprados de El Taste policromo es digno de colocarse entre los mejores productos mexicanos. Es rivalizado sólo por la considerable, pero algo extravagante cerámica de Cholula-Tlaxcala y la Mixteca” (1938:11). De cualquier manera, la permanencia de algunos motivos decorativos ha llevado a algunos a alargar el complejo Aztatlán hasta el año 1400 d.C. (Meighan, 1971) e incluso hasta la conquista española (Ganot y Peschard, 1990).

Donde sí es notorio el cambio es en el número de sitios, y en su distribución espacial. Sobre todo disminuye drásticamente la ocupación del área pantanosa, despoblándose incluso El Calón, aunque la vega de los ríos y el resto de la llanura permanecieron ocupados, en particular los asentamientos principales.

De tal modo, parece darse un vuelco a la situación imperante en la primera etapa, en lo que respecta a la mayor dependencia de los productos agrícolas y el estancamiento de la actividad relacionada con la recolección de moluscos, que Richard Shenkel explica porque “alrededor del año 1300 d.C., ellos [los comedores de moluscos] abandonan el área por alguna razón, posiblemente la extinción temporal de los ostiones...” (1974:62). Sin embargo, los materiales no manifiestan un cambio cultural importante; por otra parte, en sitios tierra adentro sí hay presencia de conchas de ostión y pata de mula.

La disminución de la intensidad en la explotación de los recursos del estero quizá sea consecuencia del desmoronamiento de la extensa red de intercambios que se habían establecido entre las diversas regiones del Occidente y Noroeste de México. En esta etapa los contactos más o menos continuos se dan con las zonas adyacentes, entre ellas el centro de Sinaloa y el altiplano duranguense; estos contactos —iniciados

desde por lo menos el siglo VI— parecen romperse en el siglo XIV, dándose un aparente aislamiento de las regiones. Este panorama es el que los españoles encontraron en 1530.

En suma, podemos considerar el norte de Nayarit y el sur de Sinaloa como una región, la región Totorame, desde el punto de vista geográfico, económico y cultural. En el aspecto político sufrió diversas transformaciones que sin embargo no impidieron la identidad común de sus habitantes, la cual se mantuvo a lo largo de la época prehispánica y es todavía notoria hasta nuestros días.

Bibliografía

- Álvarez Palma, Ana María
1985. “Huatabampo. Consideraciones sobre una comunidad agrícola prehispánica en el sur de Sonora”, tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH.
- Arias y Saavedra, fray Antonio
1990. “Información rendida en el siglo XVII [1673] por el P. Antonio Arias y Saavedra acerca del estado de la sierra del nayar y sobre culto idolátrico, gobierno y costumbres primitivas de los coras”, en *Colección de documentos para la historia de Nayarit I. Los albores de un nuevo mundo: siglos XVI y XVII*, México, Universidad de Guadalajara/CEMCA, pp. 283-309.
- Bell, Betty
1971. “Archaeology of Nayarit, Jalisco and Colima”, en Gordon Eckholm e Ignacio Bernal (eds.), *Handbook of Middle American Indians. Archaeology of Northern Mesoamerica*, Austin, University of Texas Press, pp. 694-753.
- Braniff, Beatriz
1989. *Arqueomoluscos de Sonora, Noroeste y Occidente de Mesoamérica*, México, ENAH (Cuadernos de trabajo, 9).
- Butzer, Karl W.
1989. *Arqueología. Una ecología del hombre: método y teoría para un enfoque contextual*, Barcelona, Bellaterra.
- Cottrell, Dan
1972. “Some geomorphological aspects of the Marismas Nacionales”, en Stuart Scott (ed.), *The Marismas Nacionales of Mexico: Report on continuing investigations of the archaeology and related natural science studies. West Mexican prehistory*, part 6, State University of New York at Buffalo, pp. 95-107.
- Duverger, Christian y Daniel Lévine
1986. “Informe provisional sobre los trabajos efectuados durante los meses de noviembre y diciembre de 1986 en Coamiles, Nayarit”, México, Archivo técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanuscrito.
- Ekholm, Gordon F.
1942. *Excavations at Guasave, Sinaloa, Mexico*, New York, Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. 38.
- Esparza López, Juan Rodrigo
1999. “Aplicación de las técnicas nucleares PIXE y NAA para el estudio de las redes de comercio de la obsidiana en Tierra Caliente, Michoacán”, tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH.
- Feldman, Lawrence H.
1972. “A note on fish found in sonoran, sinaloan and north nayaritan archaeological sites and ethnohistorical records”, en Stuart Scott (ed.), *The Marismas Nacionales of Mexico: Report on continuing investigation of the archaeology and related natural science studies. West Mexican prehistory*, part 6, State University of New York at Buffalo, pp. 25-29.
- Furst, Peter
1966. “Shaft tombs, shell trumpets and shamanism: a culture-historical approach to problems in west Mexican archaeology”, tesis doctoral, Los Angeles, University of California.
- Ganot Rodríguez, Jaime y Alejandro A. Peschard Fernández
1990. “El Postclásico temprano en el estado de Durango”, en Federica Sodi Miranda (coord.), *Mesoamérica y norte de México. Siglos IX-XII*, t. 2, México, Museo Nacional de Antropología/INAH.
- Garduño A., Mauricio G., Lorena Gámez E. y Manuel E. Pérez Rivas
2000. “Salvamento arqueológico en la franja costera

noroccidental de Nayarit”, *UNIR*, Revista de la Universidad Autónoma de Nayarit, núm. 23-24, pp. 4-12.

• Gifford, E. W.

1950. *Surface archaeology of Ixtlán del Río, Nayarit*, Berkeley, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, vol. 43, núm. 2.

• Grave Tirado, Luis Alfonso

2000. “Informe final. Carretera San Blas-Mazatlán, tramo Sinaloa. Subtramos Mazatlán-Rosario y Escuinapa-Límites entre Sinaloa y Nayarit”, México, Archivo técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH, mecanuscrito.

2003. “La región fundada en la tradición. El norte de Nayarit y el sur de Sinaloa, una región a lo largo del tiempo”, tesis de Maestría en Estudios Mesoamericanos, México, Facultad de Filosofía y Letras e Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM.

• Grave Tirado, L. A., D. Tenorio, R. Esparza y T. Calligaro
2001. “El análisis físico-químico de la obsidiana como herramienta heurística para el reconocimiento de relaciones. El caso del sur de Sinaloa”, ponencia presentada en el III Coloquio de la Maestría en Arqueología de la ENAH.

• Grosscup, Gordon L.

1961. “A sequence of figurines from west Mexico”, en *American Antiquity*, vol. 26, núm. 3, pp. 390-406.

1976. “The ceramic sequence at Amapa”, en Clement W. Meighan (ed.), *The archaeology of Amapa, Nayarit*, Monumenta Archaeologica, v. 2, Los Angeles, The Institute of Archaeology, University of California Los Angeles, pp. 209-274.

• Hodder, Ian y Clive Orton

1990. *Análisis espacial en arqueología*, Barcelona, Crítica.

• Kelley, John Charles

1990. “The early Post-classic in northern Zacatecas and Durango IX to XII centuries”, en Federica Sodi Miranda (coord.), *Mesoamérica y norte de México. Siglo IX-XII*, t. 2, México, Museo Nacional de Antropología/INAH.

• Kelley, J. Charles y Howard D. Winter

1960. “A revision of the archaeological sequence in Sinaloa, México”, en *American Antiquity*, vol. 25, núm. 4, pp. 547-561.

• Kelly, Isabel

1938. *Excavations at Chametla, Sinaloa*, Berkeley, University of California Press (Iberoamericana 14).

1945. *Excavations at Culiacan, Sinaloa*, Berkeley, University of California Press (Iberoamericana, 25).

1948. “Ceramic provinces of Northwest Mexico”, en *IV Reunión de Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, SMA, pp. 55-71.

• Martínez, Maximino

1936. *Plantas útiles de la flora mexicana*, México, Botas.

• Meighan, Clement W.

1971. “Archaeology of Sinaloa”, en Gordon Ekholm e Ignacio Bernal (eds.), *Archaeology of northern Mesoamerica, Handbook of Middle American Indians*, part II, Austin, University of Texas Press, pp. 754-767.

1976. “The archaeology of Amapa, Nayarit”, en Clement W. Meighan (ed.), *The archaeology of Amapa, Nayarit*, Monumenta Archaeologica, v. 2, Los Angeles, The Institute of Archaeology, University of California en Los Angeles, pp. 1-208.

• Mountjoy, Joseph

1990. “El desarrollo de la cultura Aztatlán visto desde su frontera suroeste”, en Federica Sodi Miranda (coord.), *Mesoamérica y norte de México. Siglos IX-XII*, t. 2, México, Museo Nacional de Antropología/INAH.

• Publ, Helmut

1986. “Prehispanic exchange networks and the development of social complexity in Western México: The Aztatlán interaction sphere”, Ph. D. Carbondale, Southern Illinois University.

• Sauer, Carl y Donald Brand

1998. “Aztatlán: frontera prehispánica mesoamericana en la costa del Pacífico”, en Carl

Sauer, *Aztatlán*, recopilación, traducción y prólogo de Ignacio Guzmán Betancourt, México, Siglo XXI Editores.

• Shenkel, J. Richard

1968. "The Marismas Nacionales", en Stuart Scott (ed.), *Archaeological reconnaissance and excavations in the Marismas Nacionales, Sinaloa and Nayarit, México, West Mexican prehistory*, part 2, State University of New York at Buffalo, pp. 24-42.

1974. "Quantitative analysis and population estimates of the shell mounds of the Marismas Nacionales, West Mexico", en Betty Bell (ed.), *The Archaeology of West Mexico*, México, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, A. C., pp. 57-67.

• Spence, Michael W.

1981. "Obsidian production and State in Teotihuacan", *American Antiquity*, vol. 46, núm. 4.

• Sweetman, Rosemary

1974. Prehistory pottery from coastal Sinaloa and Nayarit", en Betty Bell (ed.), *The archaeology of West Mexico*, México, Sociedad de Estudios Avanzados del Occidente de México, A. C., pp. 68-82.

• Valadez A., Raúl, Alicia Blanco P., Fernando Viniegra R., Katuska Olmos J. y Bernardo Rodríguez G.

2000. "El tlalchichi, perro de patas cortas del occidente mesoamericano", *AMMVEPE*, vol. 11, núm. 2, pp. 49-57.

• Von Winning, Hasso

1996. "Escenas rituales en la cerámica policroma de Nayarit", en Hasso Von Winning, P. C. Weigand y E. Williams (eds.), *Arte Prehispánico del occidente de México*, traducido por E. Williams y B. Boehm de Lameiras, México, El Colegio de Michoacán/ Secretaría de Cultura de Jalisco, pp. 433-450.

• Williams, Eduardo

1996. "Desarrollo cultural en las cuencas del occidente de México: 1500 a.C.-1521 d.C.", en Eduardo Williams y Phil C. Weigand (eds.), *Las cuencas del occidente de México (época prehispánica)*, México, El Colegio de Michoacán-CEMCA-ORSTOM, pp. 15-59.

• Wing, Elizabeth B.

1968. "Preliminary note on the faunal remains excavated from several sites in Sinaloa and Nayarit, Mexico", en Stuart Scott (ed.) *Archaeological reconnaissance and excavations in the Marismas Nacionales, Sinaloa and Nayarit, México, West Mexican prehistory*, part 2, State University of New York at Buffalo, pp. 150-152.

• Wolyneec, R., T. Block, A. Andersen y B. Davis

1968. "Juana Gómez", en Stuart Scott (ed.) *Archaeological reconnaissance and excavations in the Marismas Nacionales, Sinaloa and Nayarit, México, West Mexican prehistory*, part 2, State University of New York at Buffalo, pp. 12-21.

